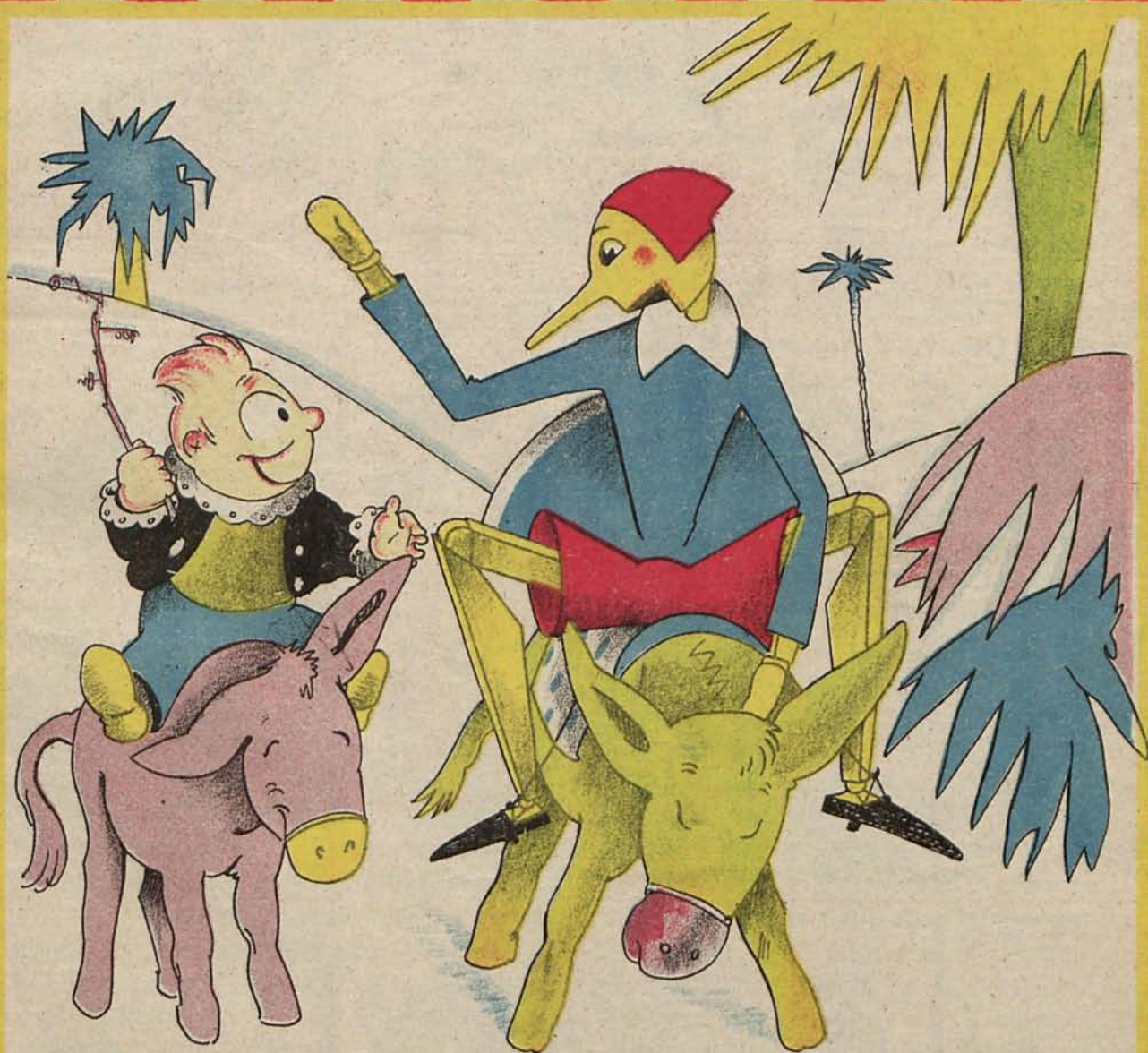


# PINOCHO

AÑO V  
NUM. 241

25 cts

29 SETIEMBRE  
1929



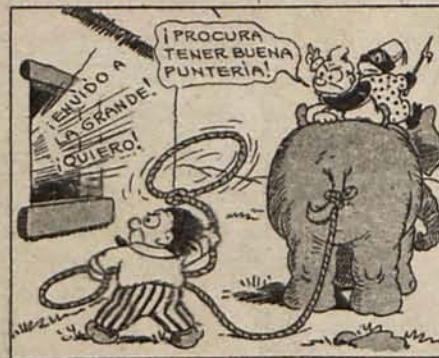
- ¡AYER HABLABA UN PERIÒDICO DE MÍ!  
- ¿QUÉ DECÍA?  
- ¡DECÍA QUE EN MADRID SOMOS UN MILLÓN DE HABITANTES!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR L. GIOVANELLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

plantado el congreso que, por otra parte, tocaba ya a su fin, y de regresar

a París en seguida.

A la mañana siguiente, con la fresca, hacía en efecto mis maletas y tomaba el primer rápido de la línea Burdeos-Nantes-París.

## VIII

### LAS TRAPACERÍAS DE SEGISMUNDO

«Calcuta, 2 de noviembre.

»Mi queridísimo Franco:

»El abogado me anuncia ahora mismo que se me permite escribir, y me ha hecho traer de la dirección de esta cárcel un tintero, una pluma y un cuadernillo de papel; con todo lo cual me preparo a darte profusas noticias de las extrañas aventuras que me han traído aquí, donde estoy encerrado con guardias de vista en condiciones que, si no fueran molestas, podrían ser hasta chuscas.

»—¿Un abogado? ¿una cárcel?—dirás tú.—La aventura debe de ser algo menos alegre. Pero ¿cómo? ¿por qué?

»¡Dios mío! ¡refrena un poco la curiosidad! Sí, estoy en la cárcel y, sin tardar mucho, me procesarán; y espero, es más, estoy seguro, de que me pondrán en libertad. Pero no quiero decirte así, de pronto, cómo y por qué causa. En lugar de eso, te referiré por lo menudo el extraordinario, maravilloso y desagradabilísimo suceso.

»—¿Qué habréis pensado de mí al no recibir más noticias mías? Me habreis creído muerto y enterrado. Y es, en verdad, una suerte increíble

que también no me haya ocurrido eso. El hecho es que ha transcurrido ya mes y medio desde que os envié mi última carta de Aden; mes y medio en que me parece haber vivido no en la habitual realidad sino en un mundo de sueños y fantasías.

»Eché al correo aquella carta pocos minutos antes de embarcarme con rumbo hacia Bombay. ¡Bombay! Ciudad para mí grata por guardar mis recuerdos juveniles. ciudad que he vuelto tantas veces a ver en sueños con aquella nostalgia apasionada y destructora que experimentamos nosotros los nortños por los países del calor y de la luz, y a la que volvía, después, de tantos años, con una misión tan simpática como es la del periodista a caza de impresiones exóticas y la de llevar a efecto las indagaciones a mí confiadas para descubrir los documentos que han de resolver finalmente el dolorosísimo caso de nuestro D'Alimand.

»La travesía fué inmejorable. Mar tranquilo, clima suave, compañeros de viaje bonachones y simpáticos, buena mesa y mejor apetito, óptimo lecho y perfecta salud. Si hubiese podido dar un paseo por una verde pradera no me habría quedado nada que desear. Cuando desembarqué en Bombay, como aún faltaban algunos días para la llegada del príncipe heredero, decidí emplearlos en las exploraciones a mi cargo encomendadas.

»Tuve la suerte de encontrar todavía a los mismos antiguos propietarios en el *Hotel de la Explanada*, donde nueve años antes ocupé en el tercer piso un cuarto que siempre se me aparecía en la memoria con el panorama que se disfruta desde la ventana; y cada vez que esto ocurría, pensaba en mis buenos tiempos transcurridos en la India. El dueño tardó un poco en reconocermé; y cuando lo hubo conseguido, se alegró de poder darme aquella misma habita-



ción para subir a la cual era entonces necesaria la pequeñez de ciento siete escalones.

»—Siguen siendo ciento siete—me aseguró el fondista riendo al ver que yo recordaba aquel detalle—No me he determinado todavía a instalar un ascensor.

»Pero tampoco se había decidido a renovar el mobiliaje y decorado, algo marchitos ya en su vieja elegancia de treinta años por lo menos. La cama tenía aun su mosquitero polvoriento de tul azulado; sobre la rinconera estaba aún el mismo espejo, demasiado lívido ya por haber tenido que reflejar tantas luces y tantas caras; y en la mesa de escribir, demasiado grande y demasiado vacía, se esponjaba eternamente el enorme tintero de bronce en que el globo terráqueo que representaba veíase reducido al humilde oficio de recipiente de la tinta. Pero la habitación era amplia, ventilada, luminosa; y ante la ventana desplegábase el panorama incomparable al que servía de fondo la cadena de los Ghattes perfilándose diáfana la lejanía bajo un cielo intensamente azul, y más cerca el espectáculo del puerto con su incesante vaivén de naves y barquichuelos, y más cerca todavía a pocos pasos del Hotel, la construcción maciza y amenazadora del Fuerte, donde pasé tantas horas entre la instrucción de los *cipayos* de mi batallón y las charlas agradables y las burlas inextinguibles de los oficiales amigos. Y allí estuve como clavado a la ventana, una buena media hora, contemplando y recordando.

»Cuando dió por concluidas sus evocaciones el impenitente sentimental que hay en mí, y enterré al fin mis viejos recuerdos, puse en orden mi ropa y mis papeles, y adrecé, valiéndome de las muchas notas que había tomado, un artículo de impresiones de viaje para el periódico, dedicándome luego a proveer a los que consideraba más urgente en nuestra empresa.

»Escribí por primera providencia una larguísima carta a Maudiguet, suministrándole hasta los más ínfimos particulares de todo cuanto ha llegado a nuestro conocimiento, y dándole las más circunstanciadas instrucciones acerca de lo

que debe hacer; salí después, y en la *Parell-Street* monté en el tranvía que conduce a *Byculla* y me dirigí al Museo Victoria donde pude consultar algunos mapas del país.

»Poníase el sol cuando salí de allá con los datos que me interesaban copiados con la misma escala del original y con un itinerario fácil y rápido fijado ya en sus líneas generales. Es extraño lo factibles que parecen desde cerca, en el acto de su realización, las cosas que de lejos, en estado de proyecto, parecían casi irrealizables. No sé por qué; pero al salir, después de aquel par de horas de consulta, de las salas del Museo Victoria, y más aun luego, al atravesar en *buggy* las vías populosas para regresar a mi albergue, tuve, no ya la esperanza sino la certeza absoluta de hallarme en el buen camino, y de poder salir victorioso, en breve y fácilmente, de todos los obstáculos, en las propias barbas del señor Fayollet y del mismísimo Kōwaes, los cuales, en honor a la verdad histórica, son por el contrario tan peludos como la palma de la mano.

»El grandioso salón del piso bajo rebosaba de comensales, sentados frente a frente en la vasta mesa redonda de forma de herradura. También yo tomé sitio entre un oficial de artillería y un señor de mediana edad, de aspecto distinguido y señorial. Entre estos y yo, con esa rápida cordialidad que se establece de ordinario entre vecinos de mesa, se entabló pronto una viva conversación.

»Mi doble calidad de periodista y de ex-oficial de las tropas coloniales, divulgada seguramente por el empedernido charlatán del fondista, había despertado la simpatía y la curiosidad de los dos huéspedes, y la conversación, naturalmente, se enderezó hacia el viaje del Príncipe heredero y las fiestas que en su honor se preparaban.

»El capitán se creyó en el deber de hablarme largamente de la nueva organización del Fuerte, de los oficiales que allí se han sucedido en los últimos años, de las condiciones del servicio,

(Continuará en el próximo número)





# COLORÍN y su PANDILLA





# La capitana del "Columbia" E. Salgará



(Continuación)

Viendo que no podría entrar en la bahía de Selburne intentó Ana dirigir la nave hacia la de Liverpool, más amplia y más limpia de escollos.

Y allí fué donde se manifestó la habilidad marinera de la hija de Wilson, pues a pesar de tener una nave desarbolada por completo, con una maniobra espléndida logró atracar junto al Cabo de las Arenas y a las nueve de la mañana con gran estupor de los habitantes el «Columbia» echaba anclas al extremo del canal y al abrigo de las ondas y del viento desencadenado.

Apenas anclaron apareció el capitán sobre cubierta sostenido por dos marineros.

—¡Señora!—dijo volviéndose hacia Ana que estaba tranquila y sonriente—A usted debemos todos nuestras vidas y la salvación del buque. ¡Marineros...! lancemos tres hurras en honor de la capitana del «Columbia».

Y un hurra inmenso y entusiasta resonó por tres veces desde la nave hasta la playa saludando a la heroína.

Ana fué conducida a tierra triunfalmente y hasta las baterías disparaban sus cañones en su honor.

Ana Helen, que era de una modestia sin par se sustrajo en seguida al entusiasmo delirante de sus paisanos y se hizo llevar corriendo a Selburne donde su padre le esperaba con mil ansias creyendo que la había perdido en el mar.

—¡Padre!—dijo entrando—¡He cumplido con mi deber. El buque se ha salvado!

\*\*\*

Quince días, después reparadas las averías del «Columbia» se hacía a la mar bajo el mando de Ana

Helen. Los armadores agradecidos y con licencia del Ministerio de Marina le habían confiado el mando del buque.

El mismo día de la salida el Gobierno, para demostrarla su admiración le había regalado un espléndido cronómetro y cadena de oro.

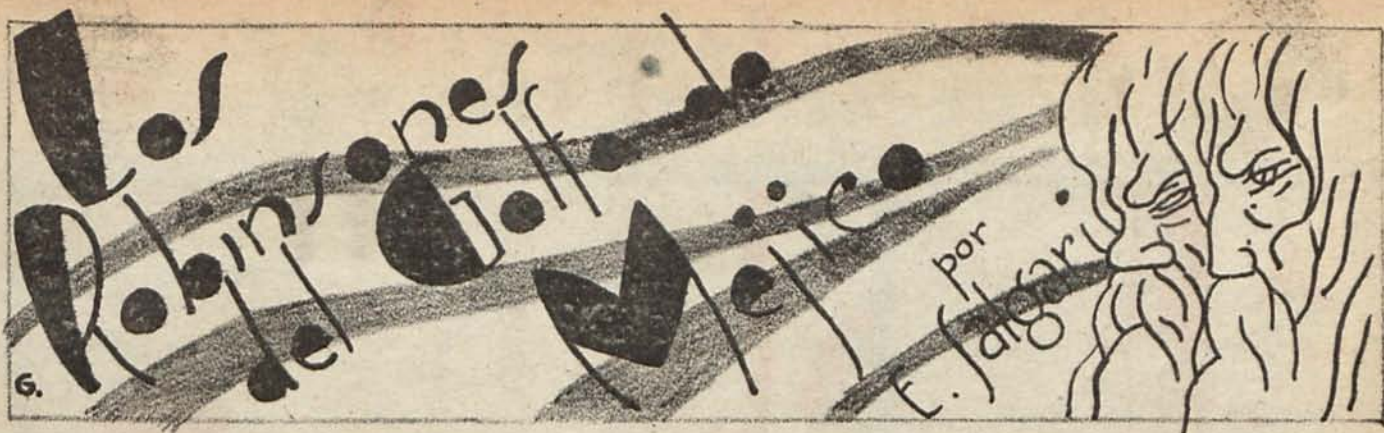
Ana Helen no se mostró menos digna de su fama y valentía. Fué vista en multitud de puertos de Europa, de América y de Asia y en todas partes fué saludada con entusiasmo y admirada.

A los sesenta años, ya muy envejecida, abandonó su carrera marítima y lo que es peor, en tristísima condición financiera, pues en un naufragio había perdido todos sus ahorros. Sus amigos, en agradecimiento a los numerosos salvamentos hechos por ella en sus viajes, se tomaron tal interés que lograron que el Gobierno Americano le diese una buena colocación y en la actualidad es directora de una de las oficinas del muelle de emigrantes de Nueva York.

El señor Commetat, un distinguido oficial que la visitó hace algunos meses, preguntado acerca de la impresión que experimentó en su entrevista con ella ha dicho:

«Ana Helen es una señora dulce, modesta, muy sencilla, habla poco y siempre en voz baja y nadie al verla podría creer que es una dama capaz de tener la energía de que siempre ha dado pruebas en tantas ocasiones y en las cuales muchos hombres de mar habrían perdido por completo la serenidad. Su valor y presencia de ánimo la han convertido en una heroína y los americanos pueden estar con razón orgullosos de su capitana del «Columbia».—FIN.





Robinson Crusoe, el popular héroe de Daniel de Foe, que vivió efectivamente con el nombre de Selkirk, no es el único que ha pasado largos años en una isla desierta.

La gente de mar conoce algunos otros que han demostrado mayor ingenio y que han sufrido durante más tiempo que aquel marinero abandonado en un islote de las costas de Chile a causa de su pésima conducta.

Uno de los más populares es sin duda Pedro Serrano. Sus aventuras son conocidísimas entre los navegantes del Golfo de Méjico; pero los demás, y seguramente también los lectores de Pinocho las desconocen. Por eso voy a contáros las:

La historia de este pobre Robinson, el más desgraciado de todos, se remonta a la mitad del siglo XVI, o sea a la época en que no todas las islas del inmen-

so Golfo de Méjico eran conocidas por los descendientes de nuestro gran Cristóbal Colón y por los españoles.

Este Pedro Serrano era un pobre marinero, que había ido a America con la esperanza de hacerse una rápida fortuna.

Hay que convenir, sin embargo, en que la buena suerte no le protegía. En vez de hacerse rico como la mayor parte de sus compatriotas, no había tropezado en Cuba más que con desengaños.

Oyó hablar de las fabulosas riquezas de Méjico, y nuestro marinero se embarcó en una de esas pequeñas naves que en aquella época se denominaban carabelas, para ir a Veracruz.

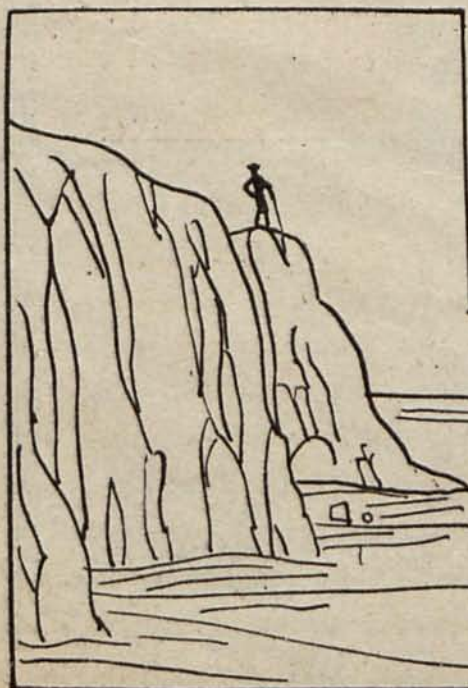
Ya hemos dicho que no era afortunado.

Una noche, una tempestad horrenda sorprendió la navecilla, y, a pesar de las desesperadas maniobras del capitán y de la tripulación, fué a estrellarse contra la escollera de una isleta situada cerca de las costas meridionales de Cuba, a distancia no menor, sin embargo, de varios centenares de millas.

Las olas, altas como montañas, barrían los restos del deshecho barquichuelo, y con ellos a la tripulación. Todos hallaron la muerte en los abismos del golfo, salvo uno solo: nuestro Serrano.

Nadador maravilloso, el marinero, después de haber luchado varias horas entre la vida y la muerte, consiguió por último tomar tierra casi desnudo, y sin

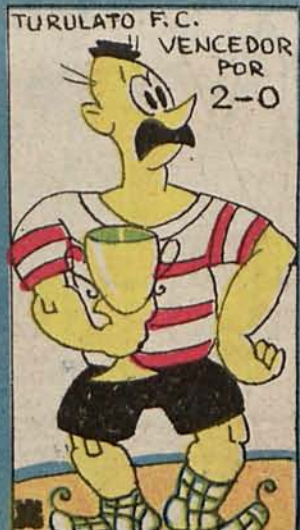
(Continuará en el próximo número)





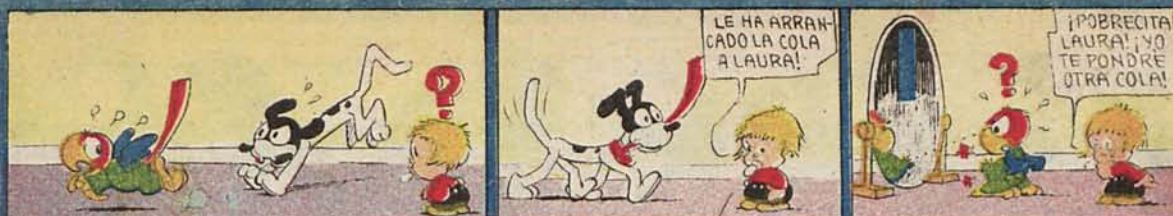


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

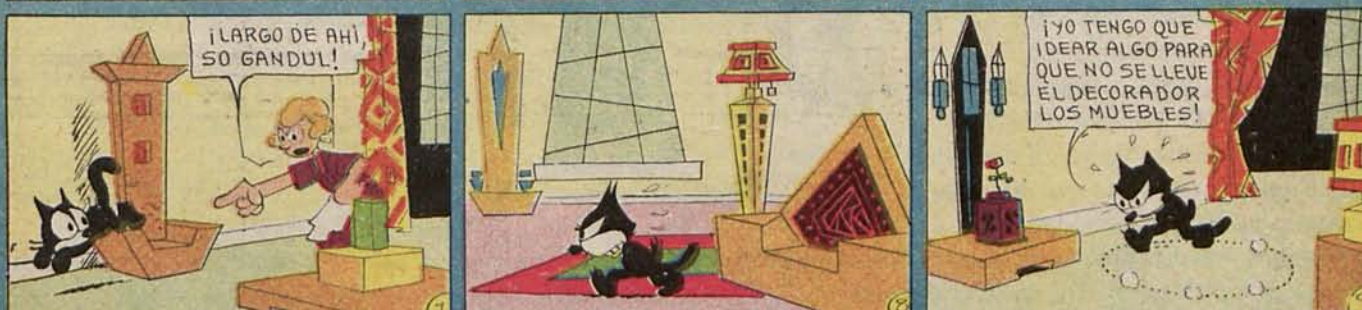




**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL ANGEL DE LA GUARDA

Castillo



L Shah de Persia Hamulah tenía un hijo llamado Isambul, mozo de vivo ingenio y gallarda presencia.

Isambul tenía dos criados; uno blanco y otro negro. Aquél se llamaba Teraté, y éste Karaká.

Cuando murió Hamulah, fué elegido heredero de la corona su hijo mayor Guasachin, que era codicioso y violento. Temiendo sus rigores, todos sus hermanos huyeron y entre ellos, Isambul, acompañado por sus inseparables Teraté y Karaká.

—¿Adónde iré?—preguntaba el Príncipe.

Y Karaká le aconsejó que se quedara cerca de su país, por si era un día llamado a ocupar el trono.

—Creo—dijo Teraté—que no debemos parar hasta llegar a la China, donde con tus amables dotes podrás encontrar una brillante posición.

Isambul optó por la opinión de Teraté, y, puestos en marcha, a poco llegaron a una ciudad de la Tartaria.

—¡Quédate aquí, señor!—exclamaba compungido Karaká—. ¡Mira que vas a correr mil riesgos inútiles!

—Señor—dijo Teraté—, tengo que darte la gran noticia. La Princesa china Ki-ki-ri-ki, acusada de traición, ofrece su mano a quien venza al calumniador; y así, ponte en marcha, si deseas ser Príncipe chino.

—Hombre, a decirte verdad, me aburren los chinos por la coleta—contestó Isambul; pero tratándose de una joven desgraciada, estoy dispuesto a defenderla. ¡Vamos, pues, a ver si le arranco los bigotes a ese vil calumniador!

\*\*\*

Ajustóse Isambul con una caravana tártara que marchaba a Pekín, y cuando llegó la hora de la marcha no parecieron los criados. Los buscaron por toda la ciudad. Nadie dió razón de ellos, y decidió marchar solo a la capital del imperio chino.

Diéronle los comerciantes que formaban la caravana un hermoso caballo negro. Montó en él Isambul, y emprendieron el viaje. A la segunda jornada el caballo comenzó a encabri-

tarse y a no querer seguir. Isambul comenzó a espolear a su cabalgadura; pero ésta dió de pronto media vuelta y echó a correr hacia atrás.

En vano Isambul hizo prodigios para refrenar a su caballo.

\*\*\*

De pronto vió ir hacia él un hermoso caballo blanco, que detuvo al que Isambul montaba. Apeóse el Príncipe, y vió con sorpresa que las dos bestias se arremetían. Al fin venció el caballo blanco, y el negro emprendió la fuga, desapareciendo de allí. Montó Isambul en el caballo vencedor, el cual comen-

zó a correr en dirección a la caravana, a la que alcanzó después de cuatro horas de desenfrenada carrera.

No bien se hubo apeado en el primer descanso, notó la desaparición del hermoso animal. Resignóse a subir sobre la giba de un dromedario.

En el camino vió un cuervo y una paloma que reñían fieramente. El cuervo dió un fuerte graznido y gritó:

—¡Príncipe, vuélvete a tu país!

Y la paloma dió:

—¡Sigue tu camino, que el triunfo te esperal

Y las dos aves elevaron el vuelo.

A los pocos días, y ya cerca de Pekín, una montaña cortaba el camino, siendo imposible seguir adelante.

—Esta montaña—decían los comerciantes—no ha estado aquí nunca, o hemos equivocado el camino.

No hallando sitio para atravesar el monte hicieron alto allí, sintiendo por la noche un temblor de tierra. Al día siguiente vieron la montaña partida, y en medio un camino ancho, por donde pasaron.

Llegaron a Pekín cuando los heraldos del Emperador anunciaban que al día siguiente el valeroso Kho-me-chi-kos rompería la cabeza a todo el que se atreviera a sostener que la Princesa Ki-ki-ri-ki no era una traidora digna de muerte.

\*\*\*

Apenas hubo descansado Isambul, salió en busca de una







buena armadura. En casa de un armero vió dos; una blanca y otra negra. Aconsejábale un dependiente que llevase la negra, que era más bonita, y otro que comprase la blanca, que era más fuerte. Isambul eligió la blanca.

Al día siguiente se presentó en la plaza donde había de realizarse el combate. En el fondo se alzaba el trono imperial, y al lado izquierdo una plataforma negra, donde estaba la Princesa atada, esperando el resultado de la lucha. Si vencía el feroz Kho-me-chi-kos, ella perecería abrasada por mano del verdugo.

Se repitió el pregón, y el acusador, en medio de la plaza, dijo:

—¿No hay por ahí ningún valiente que salga a defender a la Princesa?

Momentos de angustia y de silencio. De pronto apareció un caballero armado de punta en blanco, que se acercó al valentón y le dijo:

—¿Eres tú el fanfarrón Kho-me-chi-kos?

—¡Sí!—dijo el chino con arrogancia.

—¡Pues vengo a vencerte y a demostrar que calumnias a una joven inocente!

—¡Tú eres el calumniador!—contestó el chino furioso—; y voy a hacerte pagar tu osadía.

Y diciendo y haciendo, Isambul sacó su espada y se precipitó sobre el acusador. El encuentro fué terrible, pero al cabo de dos minutos ninguno había logrado herir a su adversario. El Emperador ordenó que se suspendiera el combate para que descansaran los campeones.

Aprovechando el descanso, acercóse Isambul a la plataforma donde se hallaba la Princesa, y le dijo:

—¡Confío en Dios y en mi espada que lograré salir victorioso!

—¡Dios os proteja!—exclamó, llorando de gratitud, la Princesa.

Reanudóse la lucha, y el Príncipe tiró un tajo tan certero, que arrancó a Kho-me-chi-kos la punta de las narices, donde tenía tres pelos misteriosos. En el acto perdió el chino toda su fuerza y se

arrodilló a los pies de su adversario, confesando que cuanto había dicho era un embuste para vengarse de los desdenes de la Princesa.

\*\*\*

Isambul fué aclamado vencedor y llevado en triunfo a Palacio. Allí encontró a sus dos criados Teraté y Karaká. Sorprendióse de verlos, y Teraté le explicó así su presencia:

—Yo soy un ángel bueno, y éste, un ángel malo que quería perderte. Éste fué el caballo negro que quería apartarse de Pekín, el cuervo que te aconsejaba que volvieras, el río desbordado, la montaña que te impedía pasar, y la armadura negra que cubría a tu enemigo.

»Yo he sido el caballo blanco que te guió a la caravana, la paloma que te aconsejó que siguieras el viaje, el puente de mármol por el cual pasaste el río, el terremoto

que abrió la montaña, y la blanca armadura que te defendió del terrible Kho-me-chi-kos.

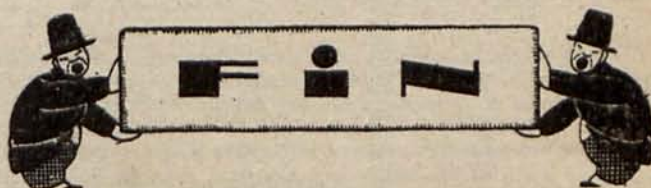
»Ya estás en salvo. Sé bueno, y siempre me tendrás a tu lado; pero si no, te abandonaré llorando, y será tu dueño Karaká.

Volvió la vista Isambul a Teraté, y le vió transfigurado en ángel.

Dió éste un beso en la frente a Isambul, y desapareció de su vista.

El Príncipe se casó con la Princesa. Cuando heredó el trono obró siempre con justicia, y murió muy anciano con la paz del justo.

¿No os parece, hijos míos, que a todos nos conviene tener siempre a nuestro lado el ángel de nuestra guarda y huir del espíritu maligno?







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Es cierto, querido buho, que tienen color las estrellas?  
—Querrás decir la luz de las estrellas ¿no es eso, curioso Chonón?  
—Lo que yo quiero decir es que si al mirar una estrella con un telescopio se nos aparece blanca o de colores.

—Desde luego se nos aparecen blancas; pero si la luz de una estrella se analiza con un espectroscopio se descompondrá en los colores que aquella contenga, según las materias químicas o minerales que haya en la estrella.

—Necesito que me hagas una explicación más detallada de lo que acabas de decirme. No sé que es eso del espectroscopio, ni eso de descomponer la luz.

—Pues el espectroscopio, querido Chonón, es simplemente un aparato que mediante una combinación de prismas descompone la luz. Para que lo entiendas más claro te diré que la luz blanca está formada por la asociación de siete colores, al conjunto de los cuales se le llama «espectro».

—¿Son quizás esos colores que vemos en el arco iris?

—Los mismos. El arco iris no es ni más ni menos que la luz blanca del sol descompuesta por refracción en las gotas de agua que hay en la atmósfera. Es decir que las gotas hacen el mismo papel que un espectroscopio.

—Ya te entiendo. Es como si hubiese un aparato que descompusiese el agua en sus dos elementos hidrógeno y oxígeno.

—Exactamente. Eso es el espectroscopio; un aparato que sirve para descomponer la luz. Pues bien, por medio del espectroscopio se puede analizar la luz de las estrellas y saber las sustancias que las componen.

—Eso es lo que todavía no comprendo. Qué tiene que ver la luz con las sustancias.

La luz precisamente, no; pero los colores de la luz, sí. Cada sustancia química produce al contacto con una llama una luz de color distinto. Por ejemplo, si echas un poco de sal a la llama de un mechero de gas, verás que se produce en seguida un resplandor de vivo color amarillo. Esto proviene del sodio que contiene la sal. El espectro del sodio es amarillo.

—Entonces cuando una llama arde con color amarillito es que hay sodio ¿no es eso?

—Exacto. El potasio produce un espectro rojo; el hidrógeno, anaranjado, y otras veces, según los gases con que esté mezclado, azulado y morado; el calcio, morado muy oscuro.

—Comprendido. Volvamos, amigo buho, al color de las estrellas o sea al color de la luz estelar.

—Puesto que ya sabes lo que es un espectroscopio te será fácil imaginar

el papel tan importantísimo que juega en el estudio de aquellos mundos que, como las estrellas, se hallan tan lejanos que solo puede conocerse su composición por el análisis de la luz que despiden. Por medio de un aparato telescopio que recoge directamente la luz de las estrellas y la lleva a un espectroscopio, pueden hacerse investigaciones de inmenso interés científico. Gracias a este curioso aparato se ha podido analizar la luz del sol y por este análisis se ha descubierto la presencia en el astro-rey de potasio, calcio, hidrógeno, sodio, magnesio y otras sustancias hasta un número tan considerable que pasa de dos mil. Lo que si es un hecho demostrado es que las materias que existen en el sol y en las estrellas son también conocidas en la Tierra.

Además de este aspecto interesante de que te he hablado, tiene también el espectroscopio otro no menos importante. El de descubrir el movimiento de las estrellas.

—Ya me va pareciendo eso algo más difícil. Explicáte, simpático buho.

—Lo comprenderás también perfectamente. ¿Tú no conoces, por el ruido del motor de un aeroplano, cuando se acerca y cuando se aleja?

—Desde luego. A medida que el aeroplano se acerca, el ruido va siendo mayor, y, en cambio cuanto más se aleja, el ruido va amortiguándose también, hasta que se extingue por completo.

—Pues eso mismo ocurre con la luz de las estrellas. A medida que la intensidad luminosa crece, se acercan aquellos astros, y cuando la intensidad se debilita se alejan.

—¿Y se mueven, al igual que la Tierra, dando vueltas al alrededor del Sol?

—Esto es lo que hasta la fecha no se ha podido concretar de modo preciso. Para determinar si la órbita de las estrellas es recta o curva, hacen falta muchos siglos de observación, y esto, como tú comprenderás no lo puede resolver ni esta generación, ni muchas de las venideras.

—Entonces hay que conformarse con esperar a lo que nos digan los sabios astrónomos del porvenir.

—Y bien poco podrán decirnos a nosotros, porque ¿dónde estaremos ya?

—Quien sabe. A lo mejor en alguna de esas estrellas. ¿No te gustaría a tí ir a parar a alguna de ellas?

—No lo sé, querido Chonón. Yo no sé en esas estrellas qué tal se vivirá. Puede que mejor y puede, también, que peor.

—¿Y por qué no, lo mismo que aquí?

—De eso no sé ni una palabra.

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio.—Julio Gil.

Segundo premio.—Antonio Barbero.

Tercer premio.—Roberto Gómez.

Cuarto premio.—Luisa Sostrada.

Quinto premio.—Fritz Höler.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Teodoro González, Bibiano Sáez, Luis Grandal, Ernesto Astudillo, Berta Portalatin, José María Betanzos, Jerónimo del Valle, Sixto Mernéndaris, Lola Galdin, Tadeo Fonvielle, Gabrielito Méndez y Laura Andreseo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MAYO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio.—Antonio Alió.

Segundo premio.—Inés Jaraquemada.

Tercer premio.—Francisco G.

Cuarto premio.—Santiago Gallego

Quinto premio.—Ramón Jaraquemada.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Luis Morcillo, María L. de Larra, Eduardo Rodríguez, Angel Pulín, Luis Vidal Ribas, Charro Gross, Fernando M. Esquiroz, K-Hitin, J. Aquina Jaraquemada, Julia Sánchez, Ricardo Ysasi, Gabino Martínez, Pepito Rico y Aurora Castañer.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE SETIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



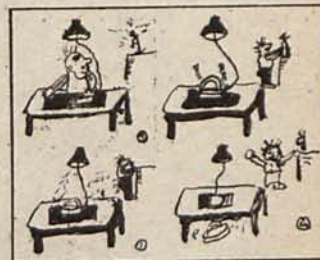
Mi castillo  
Conchita Clavell, 11 años



Anita  
J. Cardona



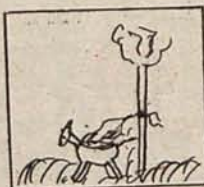
Mi novia  
Lucas Zequelra



La plancha eléctrica de Adamson  
Carlitos Orlando



Juan pata de plata  
Julian Orcazarán  
13 años



Caballito.—M. G. C.



Corriñe  
M.ª L. Luisa



Ton  
V. T.



Un barbado  
V. Tacón



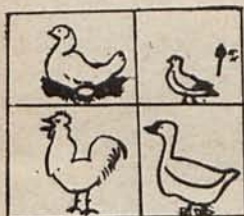
Juan Pata de Plata  
J. Cardona



Un gato  
Juan Bofill



Pinocho  
Titi Pérez, 9 años



Un corral  
Jordi Camps, 8 años



La cenicienta  
M.ª Eugenia y Polla Bland



Un dragón.—J. F.

## Fijaos en los magníficos premios del GRAN SORTEO DE JUGUETES

ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD FABRICANTE DEL

## PAPEL DE FUMAR ABADIE

que se celebrará en combinación con el sorteo de la Lotería Nacional de 2 de enero de 1930

## 420 JUGUETES

Primer premio: Un automóvil tipo Baby, marca Bugatti, con motor eléctrico y marcha de 15 kilómetros por hora.

Segundo premio. Un elegante cochecito con muñeco y ama.

Tercer premio: Una sólida bicicleta con side-car.

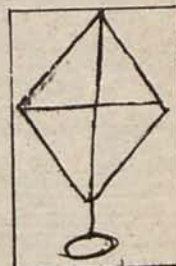
Cuarto premio: Una linda mesita con mantelería, servicio de vajilla y cuatro sillas.

VEINTE bonitos juguetes para los números favorecidos con los veinte premios de quince mil pesetas.

396 variados juguetes para los números favorecidos con las centenas de los cuatro premios mayores.

Cada veinte cubiertas de libritos o cada cinco cubiertas de blocs de papel de fumar Abadie da derecho a una papeleta para tomar parte en este sorteo.

El canje de cubiertas se efectuará desde el día 1 de Octubre al 21 de Diciembre, en el Almacén General del Papel de Fumar Abadie —Campoamor, 20 y Orellana, 3 triplicado— Madrid. Los domiciliados en provincias se dirigirán por correo.



Una antena de cuadro  
Amalia B. Wiechers



El Cid  
Javier Fernández



Caperucita roja  
Esperancita Lorite  
8 años



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

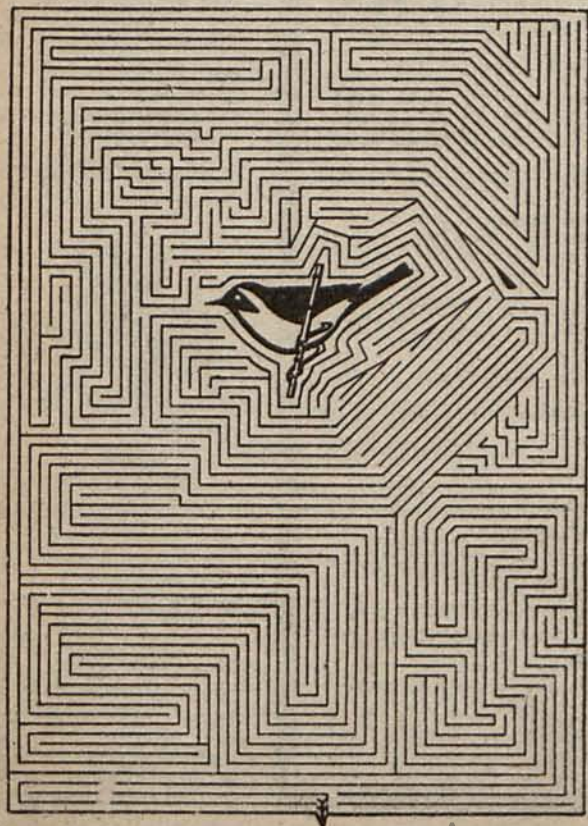
### LA VACA, EL CABALLO Y EL BURRO



Estos ilustres animales están llenos de alegría porque van a recibir la visita de una vaca, un caballo y un burro, sin sospechar, que hace mucho tiempo que están con ellos, pero les están gastando una jugarreta porque están escondidos y ellos no les ven.

¿Y vosotros?

### EL PÁJARO CAUTIVO



¿Qué camino tiene que seguir el pájaro para poder salir de su prisión?

### EL ACUARIO



Separad a todos los peces entre sí trazando solamente cinco líneas rectas.



# ANITA

## BUEN- CORAZON







# SECCIÓN PIRULA

Fantasías de Pirula... charlatana

## Las trenzas de la muñeca, y las trenzas de lana

Se me ha quejado amargamente la gentil Basíldes. ¿Quién es Basíldes? No es una Pirulinda, no; que yo sepa, hasta la fecha a ninguna mamá de Pirulinda se le ha ocurrido imponer semejante nombre a sus hijas.

Pero las propias Pirulindas tienen por lo visto una fantasía más atrevida que sus mamás; y es una Pirulinda quien ha dado a su hija ese nombre de Basíldes que, sea dicho entre nosotras, ignoro de dónde lo ha sacado. (Otra llamó a las suyas Ruperta, Teopiste, y Segundilla, Hermenegilda y Waldemara. ¡En fin!)

Pues sí, Basíldes es una hija de Pirulinda, lo cual significa que es una muñeca, como yo, si bien ella no escribe, ni pinta, ni borda, ni nada.

Hablar, si que habla, naturalmente, puesto que todas las muñecas hablan. No me refiero a ese simulacro que consiste en decir «Papá; mamá». Eso no es hablar; lo dicen, mediante un resorte que llevan las pobres en la tripita; esa es una habla artificial que imita torpemente a las de las personas.

No, todas las muñecas hablan, pero hablan entre sí, cuando no las oyen sus pequeñas mamás, ni sus tíos, ni sus abuelos. Hablan, mejor dicho hablamos, naturalmente, con una vocecita tenue y muy dulce, semejante a la que podrían tener, si hablasen, las mariposas.

Pues bien, Basíldes se me ha quejado amargamente de su mamá. Esto en una niña estaría muy feo y además sería injusto, porque las mamás-señoras sabido es que siempre tienen razón; pero en una muñeca no tiene importancia y tratándose de mamás-niñas está casi siempre ¡ay! perfectamente justificada la queja.

Basíldes es de porcelana; tiene unos ojos de cristal azul muy grandes, bordeados por largas y sedosas pestañas; viste con suma elegancia; posee un baúl propio, con un equipo completo, con muchos encajes, varios vestidos y sombreros, todos a la última moda muñequil, zapatos de charol, calcetines blancos calados, y un collar de perlas.

Además, tiene una caja-tocador, de mimbre, con un espejo de mano, una esponjita, una polvera de celuloide, un peine, dos cepillos, una pastilla de jabón rosa que parece un bombón de fresa, y un frasco en el cual caben hasta seis o siete gotas de Agua de Colonia.

No, en el terreno del lujo, Basíldes no tiene queja de su mamá; ni de su suerte. Otra es su desdicha.

Una de las principales bellezas de Basíldes, es su pelo; tiene una peluca... ¡oh! perdón he querido decir una cabellera magnífica, de un rubio pálido tan bonito que puede confundirse fácilmente con el delicado color del estropajo.

Esta cabellera de oro es precisamente la causa de las quejas de Basíldes contra su mamá-Pirulinda.

Esta mamá, como quiere mucho a su hijita de porcelana, se entretiene en lavarla, en mudarla de ropa, en coserle puntillas, cintas, volantes y pingos de todas clases en sus trajes, pero sobre todo ¡ay! se entretiene en peinarla.

Primero, le desenreda el pelo; luego, unas veces le pone bigudís, otras se los quita y le hace tirabuzones y otras—las más—se lo trenza.

Como el pelo de Basíldes es muy fino se enreda fácilmente y como su mamá no pone en la operación todo el esmero que debiera, resulta que le dá unos tirones horribles, tales que el día menos pensado le va a despegar la cabellera, quiero decir la peluca, del cráneo.

—Mi mamá es una egoísta—me ha dicho Basíldes con su tenue vocecita de muñeca de porcelana.—Ella lleva el pelo cortado a media melena porque es moda y porque es más fresco, más sano, más limpio, más gracioso, y además porque así no se le enreda y puede peinarse en dos minutos, sin molestia ni dolor. En cambio a mí, me deja el pelo largo para poderse divertir a costa mía.

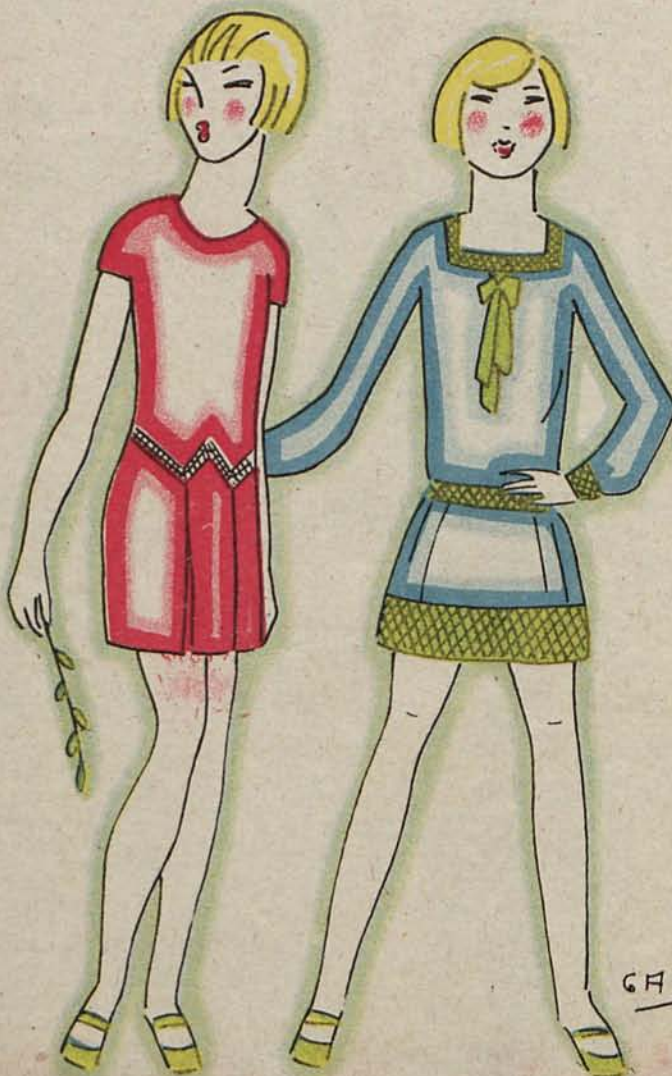
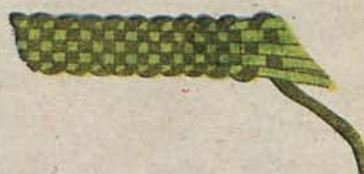
Después de exponerme sus quejas que son bastante justificadas, Basíldes quería que yo tomase cartas en el asunto y amonestase enérgicamente a su mamá en mi «Sección».

Pero yo me he negado a ello; me doy cuenta de lo desagradable y humillante que debe de ser para una mamá—aun cuando su edad no rebase los diez u once años—que le den públicamente la razón a su hija, en contra suya; por ese motivo me he abstenido, como habréis notado, de dar aquí el nombre de la mamá de Basíldes.

Prefiero dirigirme en general a todas mis Pirulindas (tanto más cuanto que la que más y la que menos tiene una prole numerosa y no siempre se porta con ella del todo maternalmente) y pedirles que corten el pelo a sus hijas, como ellas mismas lo llevan cortado.

Y si las distrae hacer trenzas, pues que las hagan de otra cosa; por ejemplo de hebras de lana de diferentes colores o matices.

De este modo, además de distraerse de un modo inofensivo, podrán fabricarse unos preciosos galones que les servirán de adorno, para vestidos y sombreros, como puede verse en esta página.



G. ALLENDO